ANA BALLABRIGA
DAVID ZAPLANA

Aramat

CONTRALUZ

TAMARA

1

Despierta.

Oye, ¿me escuchas?

Venga, despierta.

Has dormido mucho, demasiado tiempo.

Dicen que no es recomendable despertar a alguien de una pesadilla, pero ya ha terminado y tú serías capaz de seguir durmiendo y ponerte a soñar con otra cosa.

Así, eso es, abre los ojos.

Esta pesadilla es importante. Debes recordarla.

Vamos, respira, tranquila, no te agobies.

Sé que parecía real, muy real. Pero solo era un sueño.

O quizá no.

No, no te levantes, no vayas a la cocina; olvídate de la comida por un momento. No la necesitas.

Ahora respira, relájate y escucha.

Escucha bien lo que voy a contarte.

Es una historia.

Una historia de mujeres, de guerra, de amor, de aventuras, de dichas y desgracias.

Una historia que estremece y emociona.

Es la historia de tu vida.

Es la historia de dos madres.
Es tu historia.

Te llamas Tamara y eres tasadora de arte. Tienes cuarenta y tres años, estás casada y vas a ser madre, aunque no estás embarazada. ¿Cómo es posible? Luego entraremos en eso, no te preocupes. Te defines como atea, aunque en realidad eres agnóstica. Digamos que no crees en Dios, pero has tenido algunas experiencias extraordinarias o sobrenaturales; al menos, inexplicables desde el punto de vista racional o científico. Por ejemplo, tus sueños. Sí, tus sueños. Te encanta dormir y soñar, pero, algunas veces, esos sueños son demasiado reales… ¿Cierto?

Está bien, ponte de pie, sal de la habitación, no querrás despertar a Agustín. Haz unas sentadillas o el saludo al sol, lo que te parezca, sé que no puedes estar quieta mucho tiempo. Tendrás que aprender, aunque aún falta para eso. En esta vida todo es aprendizaje, te guste o no.

Mientras estiras el cuerpo, podemos, si quieres, hablar de tu pesadilla. De primeras no recuerdas nada, solo el desasosiego, la tensión de los músculos, el rechinar de los dientes. Poco a poco, te viene la imagen final, un pozo negro por el que caes sin remedio, a gran velocidad, sin paracaídas ni protección… Sí, es el típico sueño, pero hay más.

¿Ya vas recordando?

Estás en un ascensor desvencijado que sube muy rápido, con un traqueteo constante y los estridentes chirridos de los mecanismos. La velocidad aumenta y sientes que tu cuerpo se encoge, que se aplasta contra el suelo. Una

campana metálica marca el fin del viaje y sales despedida hacia el techo.

No sabes cómo, pero ahora estás en una cocina modesta.

Los armarios amarillentos muestran desconchados de antiguas batallas. La mesa y las sillas cuentan la crónica de la vida cotidiana, un concierto de recuerdos bañados con chocolate Alenka y grasa de cerdo frita que evocan las tradiciones custodiadas por la matriarca.

Nunca has visto esta cocina, pero te resulta familiar. Piensas que puede ser un *déjà vu* o un efecto del sueño. En el fondo sabes que no es así, sabes que hay una parte real que no terminas de entender.

Un chasquido te saca de tus pensamientos y te lleva de la cocina al salón.

Las paredes están cubiertas por un papel con motivos florales y diversas fotografías enmarcadas: caras pecosas, un hombre que ya no está, una ciudad deshabitada.

Un cuadro de la Virgen preside la mesa de comedor; su mirada materna abraza el espacio con un aura de paz. A su lado, una antigua alacena alberga restos de vajillas heredadas de generaciones anteriores.

En una esquina, una vieja radio resiste como símbolo de las noticias pasadas; un puñado de vinilos esperan que un viejo tocadiscos los elija para guiar el siguiente baile; una lámpara de pie proyecta sombras danzantes en las paredes y crea una atmósfera acogedora; junto a ella, un sillón orejero invita a sentarse y leer junto a una estantería, dispensadora de libros desgastados que susurran promesas de aventuras infinitas.

Te recuerda a la película *Good Bye, Lenin!* Algo se remueve en tu interior. Un país comunista que ha dejado de serlo. Ya vas asociando ideas. Ya empiezas a comprender dónde estás.

Un silencio inquietante envuelve la escena; un silencio tan intenso que te provoca alucinaciones auditivas: pitidos que atraviesan tus oídos, susurros ininteligibles que tu mente trata de descifrar.

Reparas en la silla.

Sientes una punzada de dolor en el estómago.

Está situada en el centro del salón y hay alguien sentado en ella, de espaldas a ti.

El dolor se convierte en una bola de adrenalina que sube desde el plexo solar hasta la garganta. Te provoca una arcada.

Bajas la mirada. Esa persona tiene las manos y las piernas atadas. No sabes quién es, pero sientes con el corazón (o con el alma, quién sabe) que es alguien cercano, alguien importante.

—¡Hola! —exclamas con miedo—. ¡Hola!

Ante la falta de respuesta, tarareas una canción. Te ayuda a olvidar el miedo, ese miedo que te atenaza, que te encoge el cuerpo y te bloquea la garganta. Con mucho esfuerzo, arrastras los pies y alargas una mano hacia la persona sentada. Aún estás a varios metros de distancia, parece que nunca vas a llegar, parece que, con cada paso, te alejas. Sin embargo, tu mano ya casi roza su pelo.

En ese momento, cesan los pitidos y los susurros, que dejan paso al silencio. Pero el silencio se rompe con un ruido atronador, una explosión, el sonido de una bomba.

El suelo tiembla como un terremoto, tu cuerpo se tambalea, tu mano se agita en el aire a unos centímetros de su cabeza. Intentas controlarla, haces un último esfuerzo para alcanzar a la persona, pero las baldosas desaparecen bajo tus pies. El pozo negro, sí, caes por el pozo negro del que hablamos al principio. Así termina la pesadilla.

Es cierto, te recuerda a otro sueño recurrente que tienes a menudo. Pero el otro lo sientes como una premonición; este, sin embargo, es una realidad. Solo necesitas saber cómo interpretarla.

En el fondo ya lo sabes, pero te cuesta asumirlo.

2

Terminas de hacer tus ejercicios de yoga y, ahora sí, te diriges al frigo en busca de comida.

Tranquila, yo te ayudo a ordenar tus pensamientos, a controlar las emociones que los bloquean.

Tu cocina es blanca y luminosa, moderna y acogedora. Nada que ver con la de la pesadilla. Abres el cartón de leche y bebes de él a grandes tragos. Está fría. Te alivia el nudo de la garganta, pero no te sacia.

No paras de darle vueltas al sueño, al recuerdo, a la escena. Como una arqueóloga de la memoria, buscas pistas que revelen su significado, que te lleven a un puerto seguro donde anclar tu alma inquieta.

Enciendes la cafetera y pones el pan en la tostadora. Tienes tanta hambre que no puedes esperar a que salga, así que abres el bote de frutos secos y los engulles mientras vas al baño.

Al fin, te sientas en la mesa del salón frente a un café con leche, un bote de muesli, una tostada con aceite y otra de mermelada, un plátano, una manzana y una naranja. Quizá te hayas pasado. O quizá no; estás ham-

brienta. Te pones los auriculares inalámbricos y reproduces un pódcast de salud; es importante saber cuidarse.

La pesadilla no deja de dar vueltas en tu cabeza, pero no quieres pensar en ella. Intentas silenciar el ruido con más ruido. No te funciona, no te concentras. Hoy no entiendes nada de lo que dice Cristina ni el dermatólogo que la acompaña. Tu mente está dispersa, está en otro lado: los muebles desconchados de la cocina, el papel pintado de las paredes, el cuadro de la Virgen, la persona de la silla, la explosión…

Intentas concentrarte en el pódcast. Ácido glicólico, retinol, coenzima Q10… Nada.

Una mano acaricia tu hombro y unos labios te rozan el cuello.

—Buenos días. —Agustín te quita uno de los cascos—. ¿Has hecho café?

—Te he dejado la cafetera preparada. Solo tienes que darle al botón.

Él se gira hacia la puerta, pero tú lo coges de la mano y lo miras a los ojos como si fueras a darle una mala noticia. Frunce el ceño y se sienta.

—¿Qué sucede?

—Ha ocurrido algo. —Engulles de un bocado lo que queda de tostada—. Estoy segura —concluyes con la boca llena.

—¿A qué te refieres? —Un atisbo de preocupación aparece en su rostro, solo un segundo, casi un espejismo.

—He tenido un sueño.

—Ah, eso.

—Una pesadilla.

—Ya, no te preocupes. —Agustín te abraza—. Algunas son muy reales, pero enseguida se pasa.

Te suelta y se levanta.

—Tú no lo entiendes, era… —Te quedas con la palabra en la boca cuando él desaparece por la puerta.

Sorbes el café y, con la otra tostada en la mano, lo persigues. El zumbido de la cafetera te recibe como un gruñido.

—Era una pesadilla muy real. Ha sucedido algo, estoy segura.

—Tú y tus pensamientos mágicos. —Te abraza de nuevo. Esta vez te aprieta los pechos—. Si necesitas relajarte, solo tienes que pedirlo, ¿no te parece?

—¡Suéltame! —gritas y le empujas como si fuera un violador que te asalta por la calle. Tú misma te sorprendes de la reacción.

—¿Qué te pasa? Pareces una loca. —Agustín te mira como si no te conociera.

—Quizá lo sea, y me parece bien si sirve para que me escuches. Ha pasado algo, ¿me oyes? Le ha sucedido algo a la gestante. —Ahí tienes la explicación de cómo vas a ser madre sin estar embarazada. Tu marido y tú habéis contratado los servicios de un vientre subrogado, una madre de alquiler—. He estado en su casa, en su cocina; en el sueño, quiero decir. Eran muebles viejos, como los que salen en las películas de la época de la URSS. —Estuvisteis valorando distintas opciones. Las más viables eran Estados Unidos y Ucrania; la más barata, la última—. Era una casa ucraniana y había alguien en el salón, en una silla. —Haces una pausa. Agustín está sentado y

bebe su café sin mucho interés. Tú asestas lo que consideras el golpe de gracia para captar su atención—. Tenía las manos y las piernas atadas.

—¿Y crees que era ella? ¿Crees que era nuestra gestante? —Parece que ha funcionado. Ahora hasta te mira.

—No lo sé, estaba de espaldas, no le pude ver la cara. Pero sé que le ha ocurrido algo y que no es bueno.

—Es muy parecido a ese otro sueño que tienes muchas veces, ¿no? El del parque de atracciones abandonado.

—Pero no he sentido lo mismo.

Has leído mucho sobre la interpretación de los sueños. En este vasto reino onírico, cada sueño es un tesoro, cada imagen, un enigma, y cada experiencia, un viaje hacia lo desconocido. Hay muchos tipos de sueños: lúcidos, pesadillas, de visitación, creativos, fisiológicos… Los sueños más habituales son los de compensación, en los que la mente compensa experiencias o deseos no cumplidos en la vida diaria. Los sueños recurrentes son provocados por tus miedos atávicos; es la casa oscura sobre una colina, que amenaza tu sosiego; son tus abuelas muertas, que atacan tu mente cuando te sientes herida. Por otro lado, los sueños premonitorios son heraldos que te susurran advertencias desde tu inconsciente; son faros que te señalan los escollos del destino; son tus tripas que te avisan: «Huye, no es ahí». O: «Sigue, ese es el camino».

El sueño del que habla tu marido, el del parque de atracciones, es un sueño premonitorio, te está advirtiendo de algo; aunque aún no sabes interpretarlo.

El que acabas de tener no encaja en ninguna categoría. Este sueño lo has vivido con más intensidad, era más real,

como si hubieras estado allí de verdad. ¡Eso es! Más que un sueño, parecía un viaje astral, como si tu mente, o tu alma, se hubiera desplazado a aquel piso ucraniano para recorrerlo de la cocina al salón, para presenciar una escena real que está ocurriendo allí en este mismo instante, para escuchar las bombas caer, para que veas, con tus propios ojos, que algo malo ha sucedido.

¡Para que actúes! ¡Aramat está en peligro!

—Sabes que mis sueños nos han sacado de algún apuro. —Miras a Agustín con intensidad.

—Lo sé, no compramos aquella casa por uno de tus sueños y, al poco, la declararon en ruinas. Pero te recuerdo que no siempre aciertas.

—Porque algunas veces los sueños son vagos o difíciles de interpretar. Pero este era muy real, como si yo estuviera allí, como si viera lo que ocurre con mis propios ojos. ¡Tenemos que ayudarla!

—No saquemos las cosas de quicio por un sueño, ¿vale?

—Aún no nos han garantizado que podamos recoger a nuestro bebé cuando nazca, no sabemos si podremos cruzar la frontera, ni si podremos realizar los trámites para inscribirlo como hijo tuyo. Ya pasaron cosas así durante la pandemia y ahora, con la guerra, es mucho peor. Sí, estamos hablando de un país en guerra, ¿recuerdas? En Ucrania acaba de estallar una guerra y nuestro hijo está allí. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—No ganamos nada perdiendo los nervios. Tenemos que esperar y ver cómo van las cosas. Hay que armarse de paciencia y confiar. No podemos hacer nada más.

—¡Yo no quiero quedarme sentada!

—Tam.

—¡No quiero seguir esperando sin hacer nada!

—Tamara.

—¡Estamos hablando de nuestro hijo!

—Tamara. ¡Tamara!

—¿Qué?

—De acuerdo, llama a la agencia y pregúntales por nuestra gestante. Estoy seguro de que estará bien, pero no cuesta nada comprobarlo, ¿verdad?

3

Estás al teléfono y comienzas a relajarte. La chica de la agencia te ha explicado en inglés que Aramat está bien. Dice que han invitado a todas las gestantes a trasladarse a sus instalaciones en Kiev para evitar el peligro y el estrés de la guerra.

—¿Y nuestra gestante ha aceptado ir?

—Sí, por supuesto. Es un privilegio, aquí están a salvo —explica la telefonista—. Además, los embarazos son responsabilidad de GENTECH y las mujeres deben hacer caso a nuestras recomendaciones.

—Ah —suspiras aliviada y te sientas en la cama.

—No tiene de qué preocuparse. Nuestras instalaciones están en un búnker antiaéreo y disponen de asistencia médica ininterrumpida. Los bebés no corren peligro.

Aunque te cueste admitirlo, parece que Agustín tenía razón. Vas a darle las gracias a la operadora y despedirte, pero algo te lo impide.

Aramat. Su nombre es un grito de guerra en el viento de la incertidumbre. Aramat. Cada sílaba es una espada afilada que golpea la armadura de tu sosiego. Aramat. Un percutor fisurado, una nota discordante, el sonido

donde se agazapa el diablo. Aramat no es solo un nombre: es una llamada a la acción. Y tú no puedes evitar escucharla.

Algo no cuadra.

—Me gustaría hablar con ella. —Has perdido la sonrisa telefónica y la petición suena un poco brusca. La operadora permanece en silencio y tú intentas suavizar la situación—. ¿Es posible?

—¿Con la gestante? —duda—. Sabe que no habla inglés, ¿verdad?

—No se preocupe. Me he comunicado con ella un par de veces durante el embarazo. Yo hablo ruso.

—¿En serio? —replica sorprendida—. Voy a consultarlo. Manténgase al teléfono, por favor.

Suena una musiquita anodina y te retiras el móvil de la oreja. La espera te da tiempo para seguir especulando. Tu mente no puede detenerse; tu cuerpo, tampoco. Aprovechas para hacer unas sentadillas mientras piensas en tu sueño, en la persona atada a la silla, en las bombas que caían por doquier. El ejercicio te ayuda a reflexionar. La mente se calma, el cuerpo se tensa. Eres un soldado evaluando las intenciones del enemigo. Te preguntas quién es la persona de la silla y si encontrará paz en medio de la tormenta.

Pueden haberle pasado tantas cosas a Aramat. ¿Será verdad que se encuentra bien o debes fiarte de las advertencias que te envía tu sueño?

—¿Sigue ahí?

—Sí. —Paras tu ejercicio, te falta el resuello y una gota de sudor se desliza por tu sien. La limpias con la mano libre mientras te sientas en la cama.

—Me dicen que las gestantes no disponen de teléfono. —Su acento británico es perfecto—. Las llamadas están restringidas y hay lista de espera. Vamos a concertar una para usted y le avisaremos cuando tengamos la fecha y la hora.

—¿Hay lista de espera para las llamadas? Es el siglo XXI.

—Tenga en cuenta que en Ucrania estamos viviendo una guerra y nos tenemos que adaptar a las normas y restricciones impuestas por la situación.

—Le recuerdo que, por contrato, tengo derecho a hablar con la madre gestante y supervisar el desarrollo del embarazo. —La testosterona tras el ejercicio te está volviendo irritable.

—Entiendo su preocupación y le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para que las cosas vayan según lo establecido. La estancia en Kiev de la gestante es un gasto que asumimos desde la clínica por las condiciones excepcionales que atravesamos, aunque, por contrato, sabe que los padres de intención deberían hacerse cargo. —Su flema también es de una británica perfecta—. Insisto, estamos haciendo todo lo posible para que ustedes tengan a su hijo en brazos en breve.

La amenaza velada de un nuevo pago hace que estés a punto de responder con un grito, pero consigues relajarte.

—¿Me asegura que nuestra gestante está en ese búnker y se encuentra bien?

—Por supuesto, señora. Ya se lo he dicho. ¿Le puedo ayudar en algo más?

No te fías, pero piensas que no merece la pena alargar la discusión.

—No, gracias.

Lanzas el móvil sobre la cama y te diriges al salón en busca de Agustín. Está viendo *Una serie de catastróficas desdichas* en Netflix. Es un poco infantil, ya lo sabes. Muérdete la lengua y no se lo eches en cara.

—¿Qué te han dicho? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla de ochenta y cinco pulgadas. Todo su interés se reduce a bajar el volumen dos puntos.

—Dicen que está bien, que la han trasladado a un búnker antiaéreo en Kiev para evitar que corra peligro. A ella y otras madres gestantes.

—¿Lo ves?

—Pero no me lo creo. Le he pedido hablar con ella y me dice que no es posible en este momento, que hay lista de espera y que me llamarán.

—Bueno, esperaremos a que nos llamen. —Sube el volumen de la tele.

—¿Hay lista de espera para hablar por teléfono? —repites indignada—. Es ridículo. Todo el mundo tiene móviles, teléfonos fijos e internet.

Agustín detiene la reproducción y te mira por primera vez.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por algo? Siempre has evitado pensar en los problemas con tus pódcast, el trabajo, el gimnasio… —Supones que tiene razón—. Has dicho que la han llevado a un búnker antiaéreo. Es posible que no tengan cobertura y que dispongan solo de una línea de teléfono. ¿Por qué tienes que cuestionarlo todo?

—¡Porque estoy segura de que mentía!

Das una patada a la mesa y abandonas el salón. En la cocina, coges la bolsa de frutos secos, que devoras con rapidez. Entras en tu habitación, coges la mochila de deporte y te preparas para ir al gimnasio. Necesitas quemar energía negativa y el ejercicio siempre te ayuda a pensar.

En realidad, sería más práctico meditar, pero eso aún no lo sabes. La belleza de la meditación permanece oculta para aquellos que aún no han alzado la mirada hacia la luz.

Pedaleas en una de las bicicletas elípticas, concentrada en el movimiento de piernas y brazos. Notas las pulsaciones en tu cuello, imaginas el corazón repicando en tu pecho, la sangre fluyendo por tus venas como un torrente furioso hacia los rincones más remotos de tu cuerpo.

Cuando haces ejercicio, cuando tu mente se ocupa en repetir los movimientos y soportar el esfuerzo, queda libre de toda idea turbadora. Y esto te ayuda a pensar, no con la mente, sino con otra parte más profunda relacionada con la intuición que siempre te dice la verdad; esa parte donde yo resido, desde la que yo te hablo, aunque pocas veces seas consciente de ello.

Pero una espada afilada rasga tu piel y amenaza con partirte en dos el alma. El recuerdo de ese sueño inquietante surge como una sombra siniestra entre las trincheras de la mente. La certeza del peligro se alza como un estandarte que te desafía.

Desde las profundidades de tu cuerpo, tu mente o tu espíritu, llega la verdad que estás buscando, la verdad

que ya conoces y que solo necesitabas reafirmar para defenderla frente a Agustín con seguridad y vehemencia: ¡Nuestro hijo está en peligro!

Estás segura, por mucho que intenten disuadirte.

Paras de pedalear de golpe. Un chico te mira con curiosidad, pues sin pretenderlo has gritado de rabia. No te importa. En el vestuario, sacas la bolsa de la taquilla. Con el sudor rezumando sobre la piel, regresas a casa.

Te sientes enfadada con la clínica y, sobre todo, con Agustín. No te apoya, nunca lo ha hecho. Y tú siempre te lo has tomado con humor, quitándole hierro con algún comentario irónico. Pero ahora es diferente, ahora es importante; se trata de vuestro hijo.

Este sentimiento te transporta a tu niñez. Recuerdas aquellos días interminables en el colegio concertado, con sus largas jornadas de clases, comedor y lecciones de tenis y baile. Al terminar, te dirigías a la academia donde te ayudaban con los deberes, los esquemas y a reforzar el inglés y las matemáticas. Tras esa jornada maratoniana, regresabas a casa a las ocho, exhausta y deseosa de una ducha y una cena grasienta. Pero, un día, en lugar de la calidez del hogar, te recibió una fría y solitaria nota.

«Volveremos tarde. Cena en la nevera. Mamá y Papá».

No era la primera vez. En otras ocasiones, habías sentado a tus peluches contigo a la mesa y te habías desahogado contando chistes sobre padres.

«Papá, he suspendido el examen de lengua que me ayudaste a preparar. Me lo *golía*».

«Mamá, en el colegio todo el mundo me ignora. ¿Mamá? ¡Mamá!».

Aquel día, sin embargo, rompiste la nota de tus padres en mil pedazos y los lanzaste al aire, como copos de nieve en un vendaval. Con la rabia de un huracán, te dirigiste a la cocina, abriste la nevera, arrojaste al suelo la tortilla de patata y la pisoteaste mientras tus gritos se mezclaban con carcajadas estridentes.

Con una sonrisa enajenada, vaciaste los cajones de fruta y te entregaste a un frenético juego de fútbol con las peras y las manzanas hasta que una rompió el cristal de la ventana. Entonces, en medio del caos, te detuviste, al fin, y te echaste a llorar.

Podías aceptar cenar sola, como otras muchas veces; podías aceptar cenar tortilla, como otras muchas veces; pero ese día, entusiasmada, traías en la mano tu boletín de notas.

Aun así, no necesitabas el aprecio ni la aprobación de tus peluches.

Ellos ya sabían que lo habías aprobado todo con sobresalientes.

—¡Voy a remover cielo y tierra hasta estar segura de que nuestro hijo se encuentra bien! —exclamas al entrar en el salón, donde Agustín sigue enchufado a la tele por cable. Mueve la cabeza con resignación—. Dibujaré un mapa siguiendo los pasos de nuestra gestante, encontraré un GPS capaz de rastrear su olor o, mejor aún, contrataré a un equipo de físicos cuánticos para que la localicen a través de su espectro de energía.

Agustín pausa la serie y te mira.

—Cuidado con la física cuántica, podría localizarla en dos lugares al mismo tiempo.

—No tiene gracia. Sabes que no me gusta que bromees con cosas serias.

Agustín abre los ojos con incredulidad.

—Has empezado tú.

—Voy a llamar a la embajada, al abogado o a quien haga falta.

—Ni la embajada ni el abogado te pueden ayudar. En primer lugar, porque la maternidad subrogada es ilegal en España; en segundo lugar, porque nadie, además de la agencia, sabe dónde está nuestra gestante. Tenemos que esperar a que nos llamen para hablar con ella.

El desánimo cae sobre ti como una manta de lana mojada.

—Estamos tan cerca.

—¿Tan cerca de qué? ¿De la locura? —No hay atisbo de rabia en sus palabras, solo dolor, pero no eres capaz de percibirlo.

—Siempre me he esforzado por hacer lo que los demás esperaban de mí. He sido la primera de la clase, conseguí una beca Fullbright y el barón Thyssen me contrató nada más terminar la carrera. ¿Y sabes qué? —Es una pregunta retórica y no esperas la respuesta de Agustín—. Todo eso me importaba una mierda.

—Buscabas admiración. —Ahora sí que hay rabia, aunque tú tampoco la percibes.

—¡No! ¡Buscaba atención! De mis padres, de mis amigos, de mi primer novio. Pero me di cuenta de que nada

de eso funcionaba. Y entonces me centré en mí misma. Lo más triste es que eso tampoco me hizo feliz, porque no había nada que deseara de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Que el vacío continuaba alimentándose de mí. Hasta hace diez años, que supe lo que de verdad quería.

—Un hijo. —Vuelve el dolor a sus palabras.

—Un hijo para hacer mejor las cosas. Y, cuando había encontrado lo que de verdad me importaba en la vida, no me pude quedar embarazada. Tu hermano nos hizo el estudio de fertilidad e iniciamos los tratamientos en su clínica. La inseminación y la implantación del embrión no funcionaron. Parecía culpa de mis óvulos, así que probamos con la donación. Y entonces resultó ser mi maldito útero el que me impedía ser feliz.

—Después intentamos la adopción y la acogida, pero pasada cierta edad…

—Solo puedes acceder a niños mayores o con necesidades especiales. Han sido diez años muy duros.

—A veces, deseamos cosas inalcanzables para evitar enfrentarnos a la realidad. Y no valoramos lo que tenemos cerca.

—Yo no vivo una fantasía. Te quiero y quiero compartir esto contigo.

—Todo va a ir bien, solo hay que esperar un poco más.

—No quiero esperar. ¿Y si no está en ese búnker? ¿Y si está muerta? ¿Y si está tratando de huir de la guerra y cruza la frontera? Si tiene el bebé fuera de Ucrania, no podremos adoptarlo.

—¿Lo ves? —te increpa él—. En realidad, eres una egoísta. Te da igual que ella se encuentre bien o no, lo único que te interesa es no perder al bebé.

Reparas en tu salón. Estás rodeada de los lujos de cualquier casa de clase media: luz eléctrica, climatización y agua corriente; sin la amenaza de que una bomba destruya tu vida en cualquier momento.

—Tienes razón. —Te dejas caer a plomo junto a tu marido—. ¿En qué me estoy convirtiendo? Soy una egoísta, ella tiene que estar pasando un infierno. Pero estoy desesperada, es nuestro hijo.

Agustín te abraza sin importarle el sudor frío de tu piel. Apoya la cabeza en el hueco de tu hombro.

—No, no es nuestro hijo —gruñe Agustín mientras te acaricia la espalda—. Fue mi esperma el que fecundó el óvulo, pero es un embarazo por contrato y no será nuestro hijo hasta que firmemos la adopción.

Apartas a tu marido y lo miras a los ojos.

—Es tu esperma, pero no lo sientes como tuyo. No es mi óvulo, pero lo deseo con toda mi alma.

—Ese niño no va a salvarte de tu vida, Tam. Veo a mis amigos y no viven mejor después de ser padres, al contrario. Un niño no te va a hacer feliz.

—No pienso ir a un psicólogo, ya lo sabes.

Agustín levanta las manos en señal de derrota.

—Además, ¿qué más da? —continúa—. Si algo sale mal, podemos contratar otro embarazo. Perderemos una parte del dinero, pero no todo.

Ahora lo miras con desprecio. No reconoces a la persona con la que te casaste hace diez años. ¿En quién se ha

convertido? Tal vez, como los grandes personajes de las novelas que tanto te gusta leer, no es que haya cambiado, sino que finalmente ha revelado su verdadera esencia.

—No quieres tenerlo. —Hablas como una sibila inspirada por los dioses—. Nunca has querido tenerlo. Tus grandes metas son ganar un campeonato de *Fortnite* o batir el récord de maratón de series de Netflix. ¿Compromiso? ¡Ja! Es una palabra aburrida que no existe en tu diccionario, una palabra inventada por débiles mentales incapaces de comprender la emoción de un partido de *FIFA 24* o el drama apasionante de *Juego de tronos*. ¿Para qué voy a establecer lazos emocionales con mi mujer o, peor aún, con un hijo? Me conformo con deshacer los lazos de los paquetes de Amazon, que dan menos problemas y, si me canso, puedo devolverlos.

—Te has quedado a gusto.

—Pues sí.

—Es verdad, ya tengo bastante compromiso con mi trabajo. Me quita un tercio de mi vida. Así que, de ahora en adelante, me dedicaré por completo al amor virtual con mi consola y al compromiso de terminar todas y cada una de las series de Netflix. ¡Amor verdadero, sin discusiones ni problemas! Y sí, es cierto, no quiero un hijo que me quite los otros dos tercios de mi vida, que me convierta en un esclavo más de esta sociedad podrida. ¡Joder!

—¿Hay peor esclavitud que la condena de una pantalla? —respondes con rabia—. Te dije que yo me encargaría de criarlo.

Esperas una respuesta que no llega. Agustín permanece anclado al sofá mientras tú te levantas rabiosa.

—¿Sabes qué? En realidad, no te necesito.

Abandonas el salón en dirección al dormitorio. Con el móvil, entras en un grupo de Facebook llamado «Gestación Subrogada en Ucrania». Necesitas ayuda. Escribes que tienes dificultades para contactar con tu madre gestante debido a la guerra y preguntas si a alguien le sucede lo mismo. Al poco, varias madres de intención comentan que no han tenido ningún problema y algunas de ellas están con la misma empresa que tú: GENTECH.

Te sientes ansiosa, cabreada y engañada, una hoja arrastrada en un torbellino de polvo y emociones. Tu mirada se aferra al móvil, la tabla de salvación en la que depositas todas tus esperanzas. No puedes quedarte quieta. Caminas de un lado a otro de la habitación, atrapada entre las rejas de la impotencia.

Una notificación hace vibrar tu mano, como un apretón firme y sereno que te transporta a la calma en el ojo del huracán.

Otra madre tiene una amiga ucraniana que está en varios grupos relacionados con la guerra. Te pregunta si quieres el contacto.

No dudas.